

---

---

## CAPITULO XLIII.

---

### PREPARATIVOS DEL SITIO DE PARIS.

*Día 30 de Agosto.*

Se apena el ánimo hoy, al ver lanzados de París, por odios de raza, trabajadores que dan á una de esas grandes colmenas llamadas ciudades, la cera y la miel de la industria. ¿Dónde irán esos seres infelices? ¿Qué población del mundo arranca de cuajo ochenta mil de sus ciudadanos sin arrancar al mismo tiempo muchas almas, muchas vidas, que han arraigado en el suelo de la proscricion por esas raíces del sentimiento, que prenden con tanta facilidad en todas las sociedades humanas? Antes, cuando las necesidades del hombre no eran tan grandes, ni el trabajo tan fecundo, esos trasplantamientos de razas no producian los males que hoy producen. Así la fuga de Egipto no pudo ser tan terrible como será hoy á los alemanes la fuga de París.

Pero no solamente se ha dispuesto expulsar á los alemanes, sino tambien á todas las personas inútiles para la defensa. Idea tan extraña ha parecido de tal suerte excelente que se pide á los departamentos alojen y alimenten á estos expulsados, á estos proscriptos de

una nueva especie. ¿Pero hay algo práctico en tales resoluciones extremas? Nada. Esos infelices, separados de sus hogares, de sus familias, seres débiles en su mayoría, niños, mujeres, no pueden conseguir más que llevar el pánico fuera, y acrecentar dentro las dificultades y los dolores. Al habitante de una ciudad sitiada, mostradle su hogar, la figura de su anciano padre, la cuna del hijo, el semblante de la esposa amada; y veréislo defender estos caros objetos con mayor ahinco que teniéndolos lejos, fuera del alcance de la vista y del calor de los grandes sentimientos; errantes y dispersos, caidos en una catástrofe sólo por evitar un peligro. Una gran ciudad puede defenderse bien cuando se defiende espontáneamente, y se defiende espontáneamente, cuando se forma una sola alma del alma de todos sus hijos, unidos en el propósito de los mútuos sacrificios por el hogar y por la patria.

*Día 31 de Agosto.*

A este horror de las expulsiones de que ayer hablé, se une otro horror; la creacion de



espías por las calenturientas pasiones populares. He leído línea por línea el proceso formado al alemán Hart, bajo la acusación de espionaje prusiano; y puedo decir que no he encontrado pruebas, ni siquiera indicios. Y sin embargo Hart ha sido fusilado. Del proceso de la Villette digo lo mismo. Desde el primer día aseguré que los espionadores del cuartel de bomberos eran republicanos más ó menos exaltados, pero republicanos sin ningún género de relación con Alemania. Si en algún sentimiento se inspiró su atentado fué en el sentimiento patriótico. Querían armas para fundar la República; y querían fundar la República para expeler al extranjero. Pues los republicanos de la Villette han sido todos condenados á muerte y muchos fusilados.

Nos aturden los oídos con la idea de la defensa nacional, los periódicos imperialistas. Pero esa nación continúa siendo un feudo del César. Sus enemigos personales, aquellos que pueblan las cárceles por haber ofendido la sacra persona del monarca, yacen todavía en las prisiones como si no tuvieran hogar y patria que defender. Bien es verdad que los campos presencian escenas horribles, obra de las muchedumbres bonapartistas. Un joven de distinguida familia ha sido quemado por suponerle desafecto al Imperio, en una de esas aldeas llenas de fanatismo imperialista. Un diputado de oposición ha sido insultado.

Los campesinos se empeñan estúpidamente en que los liberales han entregado el Emperador á los prusianos. ¡Imbéciles! Lo ha entregado su política absolutista, su administración corrompida, su estado mayor disuelto por la intriga, su ambición dinástica, y su torpeza militar.

La ira de estas hordas cesaristas no se ensaña en los liberales sólo, sino en los protestantes también. Creen que desean estos el triunfo de los prusianos por ser los prusianos de su religión. Los atentados han sido tan graves, que un diputado de la mayoría los ha dicho públicamente denunciándolos desde la tribuna á la indignación de la humanidad. Con este motivo hemos venido á saber que los prefectos divulgan calumnias contra todos aquellos que no votaron el plebiscito último, y estas calumnias adquieren crédito en el pueblo de los campos, inmóvil en su secular ignorancia. Ese gobierno, pues, no trata de salvar á Francia sino al Imperio. Todas las esperanzas están destruidas, todo el ejército francés deshecho, todas las fuerzas alemanas, camino de París; sólo queda una esperanza, y un refugio, el pueblo en armas. Pero ¡ah! el gobierno sabiendo que esas armas serían el azote del extranjero, sabe también que serían el cetro de la República. Pues no tiene remedio. Si armar al pueblo es traer la República; no armarlo es asesinar á Francia.

## CAPITULO XLIV.

### MOMENTOS SUPREMOS.

*Día 1.º de Setiembre.*

Los prusianos todavía no han podido tomar ninguna de las plazas importantes que defienden la frontera francesa. Phalsburgo, cuya rendición habían anunciado, se sostiene firme. Toul ha presenciado una salida, en que los sitiados consiguieron rechazar á los sitiadores, á los bávaros. Metz, á pesar de contener el inmenso ejército de Bazaine, lucha con el hambre heroicamente. La toma de Vitry, se debe á una desgraciada maniobra de la Guardia movilizada. En vez de defender la ciudad, decidió desampararla y retirarse hacia Chateau-Tierry. Habían clavado los cañones, inutilizado toda munición que tenían á mano, y decidido la hora de la salida. Pero como pertenecían á distritos diferentes, se dividieron los guardias movilizadas. Así divididos, se debilitaron. Y debilitados por su propio error, encontró la mayor parte de ellos al audaz enemigo cerrándole el camino. El encuentro fué horrible. La infantería los diezmaba con sus certeros tiros. Y cuando huían de la infantería, tropezaban con los hulanos

B.

que los alanceaban á su placer. En aquella carnicería pedían los más ser tratados como prisioneros de guerra, ya entregados, rendidos, inermes. Pero los prusianos dicen que el derecho de guerra sólo reza con los soldados de línea, y que los guardias movilizadas no pertenecen á esta categoría. Y parapetados tras consideración tan sofisticada, los degollaban á mansalva. Por fin, algunos jefes lograron demostrar á los vencedores el carácter regular de aquellas tropas. Sólo á esta demostración cedió la matanza. Pero ya habían muerto cincuenta guardias y muchos sufrido tan horribles heridas, que su cuerpo era una llaga. Proezas de la guerra.

El sitio de Estrasburgo es heroico. El año pasado, por este tiempo, visité yo la poética ciudad. Me parece estar viendo sus plácidas campiñas, sus serenos ríos, el aspecto monástico de aquellas casas silenciosas, la tranquilidad de sus habitantes, la hermosura severa de su catedral rematada por la torre acaso más esbelta que hay en toda Europa, y que parece una oración, una nube de incienso,

99



elevaciones del alma hácia lo infinito, ¡ah! todo lo más distante del incendio, de la matanza, de la guerra. La guarnición es débil, escasa, y no puede recibir refuerzos; en cambio, los sitiadores son muchos, bien armados, y se renuevan con frecuencia. Sus cañones de grandes dimensiones, granizan bombas llenas de petróleo, que cae hirviendo sobre la ciudad sitiada, y reducida á los mayores extremos de angustia y de dolor. A cinco leguas, se descubre como un nublado inmenso, de cuyo vientre oscuro y preñado de abismos, se escapan los siniestros relámpagos y largos truenos de un cañoneo, que parece una gigantesca tempestad de los aires y un furioso terremoto del castigado suelo. Han incendiado la calle de Saverna, el colegio protestante, la Iglesia del templo nuevo, y la Biblioteca llena antes de libros riquísimos que la guerra destruyó en nuestro tiempo, como en los tiempos de Omar. Algunos de sus manuscritos eran únicos en el mundo. El obispo ha intercedido; pero los sitiadores no le han escuchado. Ha pedido que al ménos dejaran salir á la población no guerrera, y los sitiadores no lo han acordado. Los habitantes viven hoy en las cuevas, aguardando el día supremo en que el incendio, el bombardeo, convirtan estas cuevas en sus sepulturas.

Y en cambio de estos prodigios, las poblaciones abiertas han sido débiles, muy débiles. Nancy, Chalons, Epernay, han consentido que unos cuantos hulanos las profanaran, les impusieran su autoridad y sus contribuciones de guerra. Algunas de las autoridades en estos pueblos, han disuadido de la resistencia, por temor á que la hermosura de los edificios se estropeará en los azares de la guerra. El hulano espere un miedo supremo. A manera de los antiguos hunnos, con tanto terror descritos por los últimos historiadores del Imperio romano, viven, comen, duermen á caballo. Parecen haber realizado la fábula de los centauros. Sus armas son la aguda lanza que llevan en la mano, y el revolver que

llevan al cinto. Esparcidos en todo el territorio invadido, aparecen infundiendo por todas partes el terror, el espanto. Hace pocos días corrian dos soldados de caballería desbocados por los boulevares de París. Una muchedumbre innumerable corria á su vez siguiéndolos y vociferando amenazas. Son hulanos, son hulanos, exclamaban. Y eran dos soldados franceses, que se habian emborrachado, y caracoleaban por las calles, con el sable arrastrando y el morrion á la espalda, primero entre la risa, y luego entre el miedo de la población. Todo esto sólo prueba una cosa: el pavor que los hulanos de Prusia han esparcido como una peste en el pueblo de Francia.

*Día 2 de Setiembre.*

El telégrafo nos tiene hoy en conmoción perpétua. Desde el día 30 hay empeñadas dos batallas, y de sus resultados pende toda la campaña. Para comprender estas batallas precisa recordar brevemente toda la guerra. El ejército francés tenía tres grandes cuerpos: uno mandado por Mac-Mahon, que fué vencido en Woerth; otro mandado por Frossard, que fué vencido en Forbach; y otro mandado por Lebœuf y el Emperador, que estaba concentrado en Metz. Desde el punto que las victorias alemanas destrozaron las dos alas del ejército francés, Bazaine tomó el mando inmediato del cuerpo central, reuniéndosele todos los restos de los soldados de Frossard, y el mando en jefe del ejército, mientras Mac-Mahon se corria hácia el Marne con sus despazadas legiones para formar un ejército allí, agregando á las tropas de Woerth un poco rehechas, tropas provinientes de Argelia, y tropas provinientes de las guarniciones interiores de Francia.

Cada uno de estos ejércitos, separados, era débil, sobre todo, delante de un enemigo formidable por su número, ó irresistible por sus recientes victorias. Reunirlos, alinearlos en el campamento de Chalons, y aguardar allí con París á la espalda; y Metz, Thionvi-

lle, Estrasburgo, además de tres rios á la espalda del enemigo, era el pensamiento de Bazaine, pensamiento concebido con claridad, y que ejecutado con fortuna, acaso diera aun victorias á Francia, lustre á sus armas.

El pensamiento de los prusianos, en vista de este plan, debia ser lógicamente el que sigue: impedir la conjunción de los dos ejércitos: encerrar el de Bazaine completamente en Metz, y derrotar todo cuerpo que fuera en su socorro. Para conseguir á un tiempo ambos fines, consagraron los tres ejércitos del rey, del príncipe Federico Carlos y de Steinmetz al cerco del ejército de Bazaine, y expidieron el príncipe real en persecución del ejército de Mac-Mahon.

Desde el día catorce Bazaine luchó con todas las fuerzas y todos los recursos de la desesperación para salir del abismo de Metz. Aquello fué un combate colosal, gigantesco, de cuatro días; pero que dió por resultado el diez y ocho, la completa clausura del ejército de Metz en su fortaleza, donde fué paralizado, y por consecuencia destruido.

Dos caminos le quedaban á Mac-Mahon en este gran conflicto: ó aguardar al príncipe Real en Chalons y vencerlo, ó correr en pos de Bazaine á Metz y redimirlo. Optó por este segundo extremo, y corrió en busca de Bazaine. Para esto abandonó el campamento de Chalons, obra de tantos años y de tantos millones. Sus grandes pabellones fueron demolidos, sus campos atrincherados rotos, sus almacenes saqueados, sus estatuas deshechas, y las provisiones de boca, que aun quedaban, esparcidas. Cuando llegaron los hulanos, era tanta la desolación, que parecia el campamento una ciudad vencida y asolada, despojo de sangrientas victorias.

La vanguardia del príncipe Real, mandada por el príncipe Alberto, entró en Chalons.

Seguíanla casi todos los carros que puede haber servibles por aquellas tierras. Algunos carreteros iban horriblemente encadenados por haber opuesto resistencia á las requisas

prusianas. En Chalons fueron estas grandísimas. Pidieron las armas de los particulares, y les entregaron las armas; pidieron raciones de todas clases y les entregaron las raciones. La disciplina perfecta. Un soldado que en el camino mató á un francés inerme, fué en el mismo instante fusilado. Chalons declara que ni un sólo insulto devoró la población harto castigada ya con aquella deshonra. Si el pisar y el piafar de la caballería prusiana; si el resonar de los sables en las piedras; si las palabras guturales y largas de los soldados del Norte, encontraban doloridos ecos en los corazones franceses, sólo á un sentimiento estos fuertes corazones se abrian, al sentimiento de la resignación. Cuando el príncipe Real caminaba hácia Chalons, todos creían que iba hácia París. Los franceses se imaginaban descubrir desde las fortificaciones de la gran ciudad á los hulanos. Pero su movimiento sobre París era una falsa maniobra; en realidad iba á perseguir y envolver con el cuerpo del rey á Mac-Mahon mientras el príncipe Federico Carlos y el general Steinmetz impedían la salida de Bazaine.

Mac-Mahon, teniendo por objetivo salvar á Bazaine, salvarlo á toda costa, debió escoger el camino más breve posible; debió ir por Vougières á Montmendi, sitio designado por uno y otro general para su encuentro. Esta hubiera sido una maniobra digna de aquellas que con la celeridad del relámpago verificaba Napoleon el Grande en su campaña de mil ochocientos catorce. Pero malgastó un tiempo precioso yendo de Chalons á Reims, de Reims á Rethel, de Rethel á Mezieres, de Mezieres á Sedan. Sin duda alguna, su objeto, al escoger este camino bordeado de fortalezas, era alejar un encuentro de las tropas prusianas, rebasarlas, yendo con mayor seguridad, protegido por tantos reductos, á coger los ejércitos sitiadores entre el fuego de sus tropas y el fuego de las tropas de Bazaine.

Pero mientras él tomaba el camino larguísimo, los prusianos subian por Vougières



desde Chalons al mando del príncipe Real, y el cuerpo del Rey tomaba una dirección paralela á la dirección del cuerpo mandado por su heredero.

Indudablemente Mac-Mahon estaba perdido. La frontera belga tan cercana, era como un abismo abierto á sus espaldas; todas las tropas que al terreno neutral llegarán, tropas perdidas. Las fortalezas sólo servirán para procurarle una trampa tan triste como la trampa de Metz y sin sus formidables defensas. Los rápidos movimientos de los dos ejércitos prusianos habían de reunirlos, y su reunión había de ser fatal para las tropas francesas.

La estrategia prusiana ha sido admirable.

Al llegar Mac-Mahon á Sedan pudo decir que con otro día de marcha atacaba por la espalda al príncipe Federico Carlos, mientras Bazaine lo atacaba de frente, con lo cual acaso hubieran experimentado los alemanes su primera derrota.

Pero el día veintinueve ya estaba en Sedan el príncipe heredero con la misma exactitud, con la misma puntualidad con que llegó á la cita de Sadowah. No había más remedio que dar aquí una gran batalla. Si la pierden los franceses, el ejército regular francés ha desaparecido. El ánimo está de tal suerte perplejo, que sólo se atreve á murmurar estas palabras: «Sea la victoria de aquel combatiente que defienda el mejor derecho.»

## CAPITULO XLV.

### LA DERROTA.

#### *Día 4 de Setiembre.*

El grande encuentro empieza el día treinta con Mac-Mahon de un lado y el Rey de otro; y dura en realidad tres días. El campo de batalla se extiende entre Sedan y Mezieres. Mac-Mahon, si no puede romper la línea de los prusianos, que es su aspiración suprema, cuenta con refugiarse en una de las dos fortalezas. Pero esta esperanza es desesperación. Sitiado una parte del ejército en Metz, otra aguardando el sitio de París; divididas tantas fuerzas en plazas asediadas como Toul, y Phalsburgo y Estrasburgo, esa nueva paralización sería como el aniquilamiento de todo el ejército francés. Si una feliz maniobra prusiana arroja á Mac-Mahon sobre Mezieres ó Sedan, Mac-Mahon se estrella. Su gran desgracia, la mayor, es verse forzado á aceptar una batalla defensiva. Estas batallas son difíciles para todos los ejércitos, son casi imposibles para ese ejército francés, impaciente para el ataque, audaz al ofender, siempre valeroso, pero no muy apto para la resistencia.

Así ha resultado para desgracia de Fran-

cia. La resistencia es heroica, la batalla un prodigio de valor, de rabia, de desesperación. Todo el día treinta ha resistido Mac-Mahon, todo el día treinta al grueso del ejército prusiano. La tenacidad germánica no ha logrado desconcertar aquel valor sereno. El heroísmo francés que tanto vale para el empuje, vale también para la defensa. Han sabido pelear, morir á pié firme, como aquellas murallas de ingleses que en Warterlloo caían, y que tanto admiraban á Napoleon. El día treinta y uno Mac-Mahon había recibido refuerzos de Mezieres. Tal vez eran los treinta mil hombres que el Emperador Napoleon había dejado para custodiar á su hijo, al heredero del descuartizado Imperio. Si el primer día tiene Mac-Mahon estos hombres triunfa. Con razón escribe este retruécano un publicista: «los revolucionarios franceses decían, sálvese un principio y que perezcan las colonias: los cortesanos del César dicen; sálvese un príncipe, y que se pierda Francia.» Mac-Mahon, al recibir este refuerzo, se rehace, pugna, casi tiene vencido al ejército del Rey. Pero